

Lanusse, Borges y el Papa Woytila son criptocomunistas y prochilenos

por Gregorio SELSER

El general Roberto Marcelo Levingstone era agregado militar en la embajada argentina en Estados Unidos cuando el comandante en jefe del ejército, teniente general Alejandro Agustín Lanusse, resolvió que ya era tiempo de poner fin al lamentable gobierno del teniente general Juan Carlos Onganía, que él había contribuido a formar al sumarse al cuartelazo del 29 de junio de 1966 contra el presidente constitucional Arturo U. Illia.

Al parecer Lanusse tenía un prejuicio, rarísimo en un militar: le molestaba que pudiesen llamarlo dictador, o que se supusiera que él pretendía serlo. De modo que cuando le ordenó a Onganía que dejara la Casa Rosada, transcurrieron no menos de 3 días sin que hubiese nuevo y único presidente. Durante ese lapso, Lanusse debatió con sus colegas, los comandantes en jefe de la Armada y la Fuerza Aérea, respectivamente almirante Pedro A. Gnavi y brigadier general Carlos A. Rey, a quién diablitos ponían como sucesor del despedido. Como de lo que se trataba era que el pueblo no supusiera que se trataba otra vez de una lucha palaciega por el poder (Onganía pretendía quedarse en él no menos de 20 años), se necesitaba una figura no asociada con los sucesos de los años recientes y que al propio tiempo fuese militar. Alguien se acordó de aquel lejano Levington y poco se tardó en ordenarle que regresara y en ofrecerle el puesto vacante de dictador.

HUMANISMO CASTRENSE

Poco iba a tardar Lanusse en arrepentirse de la elección: "Enviamos a Estados Unidos un buen oficial de Inteligencia, y nos han devuelto un borracho consuetudinario" —repetiría en las semanas siguientes, cuando era ya inocultable que Levington le había tomado el gusto al poder y se preparaba para quedarse en él, al igual que Onganía algunas décadas, o por lo menos lustros. Pero a diferencia de su sobrio y cursilista predecesor, Levington bebía mucho más de lo que es prudente hasta en un dictador sudamericano. Lanusse no exageraba, pero a Levington no le hacía falta el aliciente del whisky para producir dislates retóricos cada vez que se refería a política internacional. Tenía la fijación del anticomunismo y la Guerra Fría, pues por algo se había especializado en contraespionaje. En política nacional le servía de freno el haber seleccionado ministros civiles moderados. De modo que cuando Lanusse decidió, al año siguiente, quitarle el poder para poner en marcha su propio plan "reinstitutionalizador", el balance de sus errores y prepotencias le favoreció, en comparación con Onganía. Es claro que estuvo en la silla dictatorial bastante menos tiempo que aquél.

Durante los años siguientes Levington sólo había cada vez que se trató de perjudicar la imagen o las aspiraciones políticas de Lanusse. En los tiempos más recientes, ya con más años y más calma, también comenzó a opinar sobre cómo resolver los problemas del país, algo para lo cual probó no tener capacidad cuando estuvo con el poder en sus manos. Ahora preside el Círculo de Estudios del Movimiento Humanista Argentino, y en tal función acaba de perpetrar una disertación sobre el conflicto por el canal de Beagle, nada menos que "en marco de la geopolítica global sudamericana y las relaciones de poder entre las superpotencias mundiales", en un ciclo denominado "Soberanía, honor nacional y paz".

LANUSSE, AGENTE DE ALLENDE

Entre los desvaríos que automáticamente nos recordaron aquellos que los periodistas debimos padecer durante su breve dictadura (1970-1971), Levington acaba de sumar el de que "los marxistas chilenos comparten la política expansionista de su país, como quedó demostrado al firmarse el Acuerdo Arbitral del 22 de julio de 1971". Alude, claro está, al convenio firmado por los mandatarios respectivos de Chile y Argentina, Salvador Allende y Alejandro A. Lanusse, por el cual se resolvía poner en manos de la Reina Isabel II de Inglaterra, la decisión final sobre la pertenencia de las islas del Canal de Beagle. Ni Levington ni ninguno de los generales, almirantes y brigadieres que hoy braman contra el laudo, objetaron en aquel momento el "marxismo" de Allende, y menos la increíble aceptación de una reina inglesa como árbitro en semejante conflicto de límites.

Sólo repararon en el error cuando doña Isabel fiel a la tradición británica de fastidiar a la Argentina, laudó en favor de Chile. Que Levington se acuerde de aquel mal paso de Lanusse es coherente, puesto que le sigue cobrando el feo de su derrocamiento. También es coherente con su especialización de espía de la Guerra Fría el que desvarie mezclando confabulaciones "marxistas" con el expansionismo de los vecinos trasandinos, y se olvide que Lanusse no habría firmado con Allende el Acuerdo Arbitral sin el asesoramiento —natural y tradicionalmente imbécil que distingue a los "expertos" de la cancillería— y sin el previo visto bueno de los mandos de las tres fuerzas armadas.

SI ES UN PAPA POLACO, DEBE SER COMUNISTA

Por cuerda separada, en un documento del Círculo de Estudios mencionado, que lleva la firma del mismo Levington, además de fustigar las maniobras de Chile "desafiando una y otra vez nuestro poder hasta el límite mismo del honor nacional", el texto señala que "la sugerencia vaticana favorece la penetración chilena en el Atlántico" e "interrumpe la proyección argentina sobre su sector antártico".

Hasta ahora la mediación del papa Juan Pablo II se ha expresado en algunas fórmulas de solución posible del litigio. No se ha hecho en forma oficial y pública mención detallada de tales formu-

las. Pero las filtraciones que el régimen militar argentino ha consentido que lleguen hasta la prensa, permiten deducir que también el Vaticano se suma a la conspiración antiargentina con relación al Beagle, en una bolsa común donde caen Lanusse, Allende, la reina Isabel II, más toda la caterva de expansionistas y hegemónicos que sólo buscan perjudicar al futuro antártico argentino. Entre ellos, el perspicuo Jorge Luis Borges, que un día antes de la disertación de Levington, se permitió, siendo agnóstico como lo es, respaldar al Papa polaco y sostener que los argentinos deben aceptar su fallo sobre el Beagle. No se puede tener confianza en los intelectuales, por muy de derecha que sean, porque donde menos se espera, les brota el virus comunista y/o expansionista.

Al responder al periodista Roberto Alifano, del periódico **Clarín**, de Buenos Aires, que lo consultó sobre diversos temas ("Borges entre los políticos y la virtud", 10 de abril de 1981, pp. 16-17), el escritor porteño hizo estas blasfemas reflexiones:

CONTRA LA GUERRA

"Yo repudio toda forma de violencia. Aquí, en nuestro país, por ejemplo, se está hablando de una posible guerra con Chile. Y hay un grupo de partidarios de esa guerra. ¡Qué monstruoso! ¿No? ¡Qué gente tan insensata. Yo no sé quién tiene razón en ese conflicto absurdo, pero una guerra no tiene nada que ver con el problema en sí, eso no resuelve nada. Lo único que logra es fomentar el odio y la violencia. Y eso es siempre algo condenable para las personas civilizadas. Pero quiero avanzar un poco más en esto: si usted me dice a mí: 3 más 4 son 7; y yo le digo: no, 3 más 4 son 111, eso no puede resolverse mediante un duelo, porque 3 más 4 son 7, y el hecho de que usted me mate a mí o yo lo mate a usted no resuelve nada."

Preguntado por Alifano si, en consecuencia, "las posiciones que se sustentan de ambos lados son incorrectas", Borges respondió:

"Yo creo que sí. No tengo ninguna duda en ese sentido. Además, si recurrimos a un juez debemos acatar la decisión de ese juez. En este país, con un gobierno que se define católico y que jura por los Santos Evangelios, y que cuando se dirige al Papa lo hace con el adjetivo Su Santidad, yo no entiendo cómo rechazan su decisión. Para los católicos el Papa es infalible y es Su Santidad; por consiguiente, se debe aceptar lo que él dictamine sin ponerlo en tela de juicio y, menos aún, sin discutirlo."

EL CORONEL ABUELO DE BORGES

Ya cuando el régimen militar desataba la histeria belicista de fines de 1978 —que fue correspondida con no inferior fervor por Pinochet— Borges fustigó públicamente la eventualidad de una confrontación a cañonazos. Fue la suya una de las pocas voces solitarias que se atrevieron a desafiar a los militares de los 2 países. El podía hacerlo sin provocar sospechas, porque fue invitado a comer por Videla, y fue condecorado por Pinochet. Pero además, desciende de militares y, como se lo recordó a Alifano, es pariente lejano de aquel Francisco Narciso Laprida que presidió en 1816 el Congreso de Tucumán que declaró la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. A ese Laprida a quien asesinaran los montoneros del caudillo Aldao, Borges le dedica el **Poema Conjetural** en el cual, al consumarse el crimen, le pre-

senta como diciendo: "Al fin me encuentro con mi destino sudamericano". Pero Laprida era un civil. Y el padre de Borges era un milico con toda la barba:

"Usted sabe que yo desciendo de militares, mi abuelo era coronel. Y cuando yo empecé a escribir me conocían como el nieto del coronel Borges; bueno, felizmente —y esto lo digo con respeto— ahora el coronel Borges es mi abuelo. Yo desciendo de militares; sin embargo, creo que (Juan Bautista) Alberdi tenía razón: hay que considerar a la guerra como un crimen.

"En este caso, ¿usted considera que todas las guerras son injustas, Borges?"

"Pero desde luego que sí. Si se admite una guerra justa, nunca faltarán razones a un gobierno que quiere una guerra, para justificarla. Algunas guerras han tenido su razón, claro, la Guerra de los Seis Días, por ejemplo, o la guerra contra el nazismo, la guerra contra Hitler. Pero si admitimos que una guerra es justa, ya abrimos la puerta a todas las guerras, porque sería muy raro que si un país o un gobierno decide una guerra, no encuentre razones. Además, esas razones no son discutidas sino que son impuestas, y el que las niega es un traíder a la patria."

El iconoclasta Borges incurre en muchas otras impertinencias que sólo a él se las aguantan las fuerzas armadas. Por ser quien es, y por lo que representa internacionalmente. Porque por muchísimo menos de una cuarta parte de lo que aquí se lleva reproducido, decenas de periodistas han muerto o los han "desaparecido". La conciencia de esta especie de inmunidad no desmerece el valor de las declaraciones de este imprevisible Borges de un año a esta parte. Son como golpes de aire fresco y limpio frente a la tremebunda retórica de los Levington y los Menéndez, que no son unas **rara avis** sino profundas y endémicas. Y que proliferan con magnitudes y escalas que en nada se diferencian de las que existen en el Chile de Pinochet. La única diferencia reside en que, como otra vez el pleito se resuelve en su favor, el genocida del Palacio La Moneda no tiene por qué sospechar de que detrás del polaco Woytila haya un agente a sueldo de Moscú.